



Gran  
Letrarium

# Tierra llamando a Sam

Melissa Keil

**Título original:** *Life in Outer Space*

Publicado originalmente por Hardie Grant Egmont, Australia 2013  
Translation rights arranged via the VeroK Agency, Barcelona, Spain

**Primera edición en castellano:** Febrero de 2017

© **Del texto:** Melissa Keil, 2013  
© **De la cubierta:** Laia Albareda Garcia  
© **De la traducción:** Anuvela  
© **De esta edición:** Libros del Imaginario, S.L.  
Tamarit, 193, 1º2º  
08011 Barcelona  
info@librosdelimaginario.com  
www.librosdelimaginario.com

**Diseño de la colección:** © Laia Albareda Garcia

**Impreso por:** Ediciones Gráficas Rey, S.L.  
Albert Einstein, 54, C/B, Nave 15-12  
08940 Cornellà de Llobregat  
Barcelona

**ISBN-13:** 978-84-944538-4-7  
**Depósito legal:** B 1841-2017

*Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial, o la distribución de esta obra, en cualquier medio o procedimiento, comprendidos los tratamientos informáticos y la reprografía.*





*Algo así como una escena de baile con un Humphrey Bogart penoso*

He empezado el lunes cayéndome de culo. Cualquier persona normal pensaría que el día ya no puede empeorar, pero yo lo dudo seriamente.

Oigo risas y aplausos. Alguien grita entusiasmado.

Por encima de mí, un cartel gigantesco cuelga del techo del pasillo de manera precaria, un símbolo apocalíptico cargado de purpurina de color rosa y lila que la Comisión del Baile de Primavera ha confeccionado a mano.

Justin Zigoni me sortea con un salto de gacela y da un manotazo al cartel, por lo que una lluvia de purpurina cae del techo y una mota se me mete en los ojos.

Los cierro.

Me pregunto si será posible provocarse uno mismo un derrame cerebral.

Justin grita de nuevo lleno de entusiasmo y alza los puños por encima de la cabeza. Se ha formado un corrillo a su alrededor, un enjambre de chicas a las que soy incapaz de distinguir entre sí y unos cuantos chicos que parecen compartir el mismo gusto

por el mismo calzado; es decir, una tropa de Capullos Sin Fronteras cosechando las risas del día a costa de mi culazo como si se tratara de ardillas recolectando nueces.

Si existiera un premio al mejor tópico de instituto del mundo, Justin Zigoni no solo lo ganaría, sino que el galardón además llevaría su nombre. Lo más probable es que Zigoni tuviera reservado un lugar permanente en el Salón de la Fama Estudiantil del Cómo Me Molo.

A juzgar por lo satisfecho que parece consigo mismo, supongo que Justin es el responsable de lo que en el Instituto de Secundaria Bowen Lakes se considera ser ingenioso: verter un bote de cera limpiadora en el suelo, justo delante de mi taquilla.

—Menudo viaje, Sammy —comenta Justin. Los Capullos Sin Fronteras y sus esbirros ríen.

Nadie me llama Sammy. De vez en cuando, mi madre deja caer un «Samuel», pero me llamo y siempre me he llamado Sam, a secas. Sammy es nombre de niño de cinco años, de presentador de concursos y de gente que ve la vida de color de rosa.

No hay nombre que me pegue menos que Sammy.

Mike me mira con ojos de miope y algo parecido a la preocupación. «Parecido» porque a) la cara de mi mejor amigo casi nunca parece expresar nada y b) Mike es consciente de que mostrar algo más solo conseguirá alargar el calvario cuando finalmente me levante. Permanezco inmóvil aproximadamente otros nueve segundos, hasta que Mike me tiende una mano y tira de mí para ayudarme a ponerme en pie.

Adrian aparece a mi lado y mira a los Capullos echando chispas por los ojos. Tiene su típica cara de «estar a punto de liarse a hostias hasta quedarse a gusto». La triste realidad es que Adrian Radley

no tiene ni media hostia, por lo que me temo que el día no tardará en pasar de dar asco a convertirse en una mierda de dimensiones épicas.

Mike recoge las barritas de muesli que se me han caído del bolsillo de la sudadera, se recoloca las gafas y se enfrenta a Justin con el ceño fruncido.

—Eres gilipollas, Justin —murmura Mike.

—¿Qué has dicho, guapa? —pregunta Justin, haciendo bocina con la mano detrás de la oreja, como si fuera sordo además de imbécil.

Justin no sabe que Mike es gay. Aparte de Adrian, Allison y yo, nadie más sabe que Mike es gay, y como no hay manera de contestar sin dejar a mi mejor amigo en evidencia, opto por la decisión lógica de no hacer nada de nada.

Sin embargo, Adrian es de otra opinión y se lanza al ataque, si bien el instinto de supervivencia me empuja a alargar la mano en el último momento y atraparlo por la capucha de la sudadera.

—Controla al trol, Sammy —se burla Justin. Sigue riéndose, aunque lo hace igual que los supervillanos de las películas justo antes de soltar los tiburones radioactivos.

Adrian a duras penas me llega al pecho. Hace poco le ha asomado un vello fino que le recorre la parte inferior de la mandíbula, de una oreja a la otra, y se niega a afeitárselo. Lleva años sin cortarse la melena rizada. Y tiene un ligero sobrepeso. Hasta cierto punto, comprendo que la gente mal informada sobre cavernícolas mitológicos pueda llegar a considerar a Adrian algo cercano a un trol, que es como se le conoce desde el segundo año de instituto. Yo diría que, a estas alturas, le da bastante igual.

—No pasa nada, Adrian —digo entre dientes.

Adrian está rojo de ira. Me temo que va a echarles un sermón salpicado de referencias a Star Trek, pero Mike lo distrae con una barrita de muesli y luego lo convence para que recoja mis libros, que siguen desparramados por el suelo del pasillo.

Justin esboza una sonrisita de suficiencia.

—En serio, si esta fábrica de pringados entregara el premio al Pringado del Año, estaríais nominados al Grammy de los Pringados o algo así.

No sabe ni lo que dice, pero a los Capullos les da igual. Se echan a reír. Fantaseo con la idea de que Cara de cuero salga de La matanza de Texas y haga su aparición en el pasillo del instituto. En ese momento suena el timbre, y Justin me golpea con el hombro y la cadera al pasar por mi lado. Yo soy más alto, pero él pertenece a una raza masculina mejorada, por lo que permito que me empuje contra las taquillas.

Los chicos lo siguen, mirándonos con cara de pocos amigos. Las chicas se dispersan, riéndose tontamente.

Adrian y Mike aparecen a mi lado. Me recompongo la sudadera.

—¿Ya he mencionado que odio mi vida?

Mike suspira.

—Muchas veces —me echa un vistazo, inexpresivo—. ¿Listo para la clase de lengua?

—Podría habérmelo cargado —protesta Adrian.

—Ya —contesta Mike—, y luego hubiéramos tenido que cargar nosotros contigo hasta Urgencias. Frena un poco.

Permanecemos en el mismo sitio durante otros diecinueve segundos, como si, sin haberlo hablado, hubiéramos acordado esperar lo que tardan los Capullos en llegar a la clase de lengua.

No nos miramos, pero una vez que ha transcurrido un tiempo prudencial, nos ponemos en marcha todos a una.

Nunca he sido fan del Bowen Lakes. Si mi vida fuera un guión cinematográfico, el BL solo sería el encabezado de la primera escena, y siempre ha sido así. Sin embargo, parece que últimamente la vida ha estado conspirando para convertir mi vaga antipatía en un odio profundo y declarado.

Este año, el gilipollismo de Zigoni ha alcanzado cotas insospechadas. Tal vez haya caído en una especie de marmita de extracto de supervillano gilipollas durante las vacaciones de verano. O quizás las tres neuronas que le funcionan están más aburridas de lo habitual.

Además, a pesar de que todavía quedan nueve meses para el Baile de Primavera, la comisión encargada ya ha convertido el instituto entero en un bastión de purpurina y tonos rosados.

Las paredes, en las que hasta hace nada colgaban trabajos artísticos y pósteres de advertencia sobre las ETS, acogen ahora una avalancha de bazofia relacionada con el baile. Por todas partes han aparecido collages en los que aparecen rostros de parejas con los labios unidos en distintas poses y pósteres de películas que han sido mancillados de manera imperdonable. Dudo que alguien sea capaz de convencerme de que el «glamur del viejo Hollywood» puede reproducirse en papel satinado y material comprado en los almacenes Target.

Un póster de Casablanca tapa el tablón de anuncios del Club de Ajedrez. Han sustituido los rostros de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman por los de Justin Zigoni y Sharni Vane, y ahora la mirada vacía de Sharni se pierde en la expresión alelada de Justin.

Incluso me he planteado si merecen siquiera que me moleste en hacer la clásica gamberrada de pintarles bigote y cuernos.

Habría llevado un poco mejor que la Comisión del Baile de Primavera me hubiera clavado un lápiz sin punta en las pelotas que la temática que han elegido. Suelo pasar de las películas que tengan algo que ver con institutos, bailes o cualquier combinación de ambos; sin embargo, si tuviera que escoger, estas serían mis escenas de baile cinematográficas favoritas de todos los tiempos:



1. La del baile de graduación de Carrie. A la chica se le va la pinza y hace saltar el instituto por los aires con el poder de la mente. ¿Cómo no iba a ser la primera de la lista?
2. La del baile de graduación de la primera película de Buffy Cazavampiros, por motivos similares a la anterior. No hay tantas percepciones extrasensoriales explosivas, pero añade el aliciente de los vampiros chupasangre.
3. Las escenas de baile de graduación de Prom Night, aunque solo sea por la vaga esperanza de que, en fin de curso, el nuestro sea agraciado con un asesino en serie que no deje títere con cabeza.
4. La escena de baile que aparece al final de la primera película de Footloose, y que solo he visto como parte del Fin de Semana Tope Gay.<sup>1</sup> Aparece en esta lista de puro mala que es, y también porque ni uno solo de los tíos que salían tenía el menor sentido del ritmo, algo con lo que me identifico.

5. La escena de la graduación de Grease, un día de feria que acaba con un coche volador. Creo que lo del coche volador simboliza el paso a la otra vida, lo que significa que Sandy y Danny probablemente salieron disparados de la noria o, tal vez, que alguien hizo un buen uso del mazo del hombre forzado. Era el único final plausible para el musculitos macarra y medio retrasado.

Según Mike, es posible que no pillara de qué iba Grease porque, por lo visto, estoy muerto por dentro. Decidí tomármelo como un cumplido.

Mike y yo tenemos lengua, pero a Adrian le toca mates con la señora Chow. Aun así, nos acompaña hasta clase, a pesar de que tendrá que volver sobre sus pasos y, por lo tanto, llegará tarde.

Mike camina sin prisa a mi izquierda y Adrian arrastra los pies a mi derecha. Mike vuelve a recolocarse las gafas y me da una palmadita en el brazo, como quien no quiere la cosa. Una lluvia de purpurina me cae de la manga. Adrian carraspea y se pasa una mano por el pelo. Lo imito, y una nueva lluvia de purpurina rosa y lila se precipita hacia el suelo de linóleo.

Es a lo máximo que llego cuando se trata de realizar movimientos coordinados con otro ser humano.

Huelga decir que no pienso ir al Baile de Primavera.

---

<sup>1</sup> No es lo que parece.



*Corazoncitos animados y mofetas enamoradas*

Primera hora de clase. Lengua.

Estoy sentado en mi sitio de siempre, en la tercera fila.

Mike se sienta a mi lado, con la cara inexpresiva y en silencio, su modus operandi cada vez que está en público. Con el pelo castaño y la ropa de color marrón, Mike sabe camuflarse en la mayoría de los entornos. No me extrañaría que un día de estos también desarrollase la habilidad de cambiar de color de piel, como un camaleón.

A mi otro lado, Allison Winfield está haciendo garabatos en su cuaderno de hojas sueltas con un lápiz de Hello Kitty supermordido. Me mira de reojo y hace una mueca entre tímida y burlona. Siempre está haciendo muecas. No siempre entiendo por qué, la verdad, pero a pesar del detalle de Hello Kitty, sé que alguien que hace muecas de forma habitual es uno de los míos.

Allison es la única amiga chica que tengo. Tiene el pelo rubio más ralo que he visto en mi vida, y es como si lo llevara constantemente pegado a la cara por culpa de la electricidad estática. Es una de esas chicas que tal vez entre en la pubertad

a eso de los veinticinco años, con un poco de suerte. Mike siempre me está lanzando indirectas de que, en temas de chicas, Allison es lo máximo a lo que puedo aspirar. No sé. He intentado, en plan experimento, imaginármela sin camiseta; sospecho que tiene el mismo aspecto que tenía yo a los doce años. Me alegra informar de que eso no me provoca ninguna reacción en absoluto.

Allison se está mordisqueando el pelo. Mike se ha metido dos lápices bajo el labio y tiene la mirada perdida en el reloj que hay encima de la pizarra. Sentado a su otro lado, Victor Cho ha adoptado su postura habitual, con la cabeza encima de su carpeta.

Estará dormido y babeando en dos coma cuatro minutos.

El señor Nicholas tiene la cabeza enterrada en su cajón, y el volumen de la clase aumenta por momentos, en consonancia con el tictac del reloj. El señor Nicholas no está mal, aunque es un poco demasiado serio. Viste con un uniforme que consiste en unos vaqueros y varias chaquetas vintage, y sé que es superfan de los clásicos del cine de terror porque lo he visto un par de veces en el Astor Theatre, cosa que lo convierte en alguien ligeramente más enrollado que el resto de los profes de este instituto.

Normalmente, disfruto bastante en las clases de lengua y literatura inglesa, pero el último incidente con Zigoni ha hecho que no esté de humor para Macbeth. Paso las páginas del cuaderno de ejercicios hasta encontrar una hoja en blanco y me pongo a dibujar un elaborado croquis de la Fortaleza de la Soledad, de la peli original de Superman, algo para lo que —si me dosifico bien el tiempo— debería de tardar el resto de la clase en acabar.

De pronto, alguien llama a la puerta.

La puerta se abre.

Entra nuestro subdirector, el señor Faville, sonándose la nariz con el pañuelo y con un ruido gangoso y atronador. Examina el contenido del pañuelo unos segundos más de lo necesario y luego lo aplasta y se lo guarda en el bolsillo.

Lo sigue una chica.

En las películas —no en las pelis de cine de autor que hace la gente en el jardín trasero de sus casas, sino en las películas de Hollywood en las que los momentos cumbre tienen que señalarse de alguna manera para que el espectador los capte— hay ciertos recursos que te permiten saber cuándo está a punto de producirse un giro importante en la trama.

Si la vida fuese una película, esto es lo que debería haber ocurrido cuando se abrió la puerta aquel lunes por la mañana:

La música habría invadido toda la escena: pianos y violines. Tal vez un chelo.

Una ráfaga de viento habría sacudido la habitación, arrastrando consigo una alfombra de hojas, probablemente a cámara lenta.

A todos los sujetos masculinos de la clase —menos a Mike porque es gay y a mí porque estoy muerto por dentro— les habrían salido corazones de dibujos animados del pecho, en plan Pepe L'Amour cada vez que veía a su churri, la otra mofeta.

El barullo de la clase se apacigua y se extingue.

El señor Faville corre a mantener una conversación en voz baja con el señor Nicholas. El señor Faville se despide del señor Nicholas con un movimiento con la cabeza, se despide de la chica y de la clase haciendo el mismo gesto y luego sale apresuradamente de la clase sin decir una palabra.



No tengo ningún interés por nada de lo que ocurre en este instituto. Sin embargo, soy un gran observador, como uno de esos científicos que se pasan el día examinando hongos a través del microscopio. Una chica nueva significa carne fresca, un posible reajuste del orden social y hasta tres horas melodramáticas de almuerzo de cuyo contenido me enteraré igualmente por muy poco interés que despierte en mí. Todo absurdo, pero posible material para futuros guiones de cine.

Dejo el boli encima de la hoja con el dibujo de Superman. Saco mi lápiz mental y me preparo para tomar notas en mi tarjeta de popularidad social.

El señor Nicholas se apoya en su mesa. La clase guarda silencio. La chica espera.

Lleva un vestido amarillo que parece de una ama de casa de los cincuenta y un par de botas planas de color rojo. Lleva el pelo más largo de lo que parecería práctico, peinado con la raya en el medio, y le cae en amplias ondas castañas que le llegan casi a la cintura. Pasea la vista por la clase con aire impasible. No parece aterrorizada. No parece exhibir un insensato exceso de confianza, como aquella vez que Adrian interpretó una canción en vez de entregar su ficha de lectura de Rebeldes. Mike y yo pensamos que ese momento marca un antes y un después en la espiral descendente de popularidad social de nuestro grupo.

La chica no parece asustada ni una creída. En mi tarjeta, eso es un punto.

El señor Nicholas le sonrío.

—Bueno, parece que tenemos una nueva incorporación en nuestra familia de Bowen Lakes. Confío en que haremos que... Camilla... se sienta bienvenida. Háblenos un poco de usted, señorita Carter.

Camilla. Un nombre poco corriente que no contiene ninguna vocal superflua. Un punto.

La chica se encoge de hombros, como si hablar delante de veintiocho extraños potencialmente hostiles no fuese ningún problema.

—Pues a ver... Acabamos de mudarnos aquí. Mi padre y yo. Somos australianos, pero hemos vivido por todo el mundo estos últimos años.

Tiene acento británico. Dos puntos.

Es una chica objetivamente atractiva. Tres puntos. Aunque viste un poco raro, la verdad. No tengo ni idea de qué es lo que les parece aceptable a las chicas en términos de trapos, pero sospecho que en su caso, eso puede ser menos un punto.

Lleva un tatuaje. Es un tatuaje de verdad, una cosa como enroscada con flores azules en su hombro izquierdo. No conozco a ninguna chica de mi edad que lleve un tatuaje. Se oyen murmullos por toda la clase. Cinco puntos.

—Mi padre escribe. Bueno, es periodista. Vivimos en Londres un montón de años, pero todo el año pasado estuvo trabajando en Nueva York y, bueno, antes de eso estuvimos dando tumbos por Estados Unidos —vuelve a encogerse de hombros y sonrío a medias—. Supongo que mi padre echaba de menos Australia.

Es de Nueva York. Tiene acento británico. Veinte puntos. Al señor Nicholas le pasa algo muy raro en la cara.

—Espera un momento... ¿tu padre es Henry Carter?

En el aire se respira un leve aroma a famoso. La energía electriza la habitación. Mi lápiz mental se queda suspendido un momento con aire vacilante encima de la tarjeta.

—Ah, sí. ¿Es usted un fan? —dice la chica.

—¿Lo dices en serio? —el señor Nicholas la mira como si hubiese entrado en la clase con la cabeza de Shakespeare en una bandeja—. Tu padre... escribió ese reportaje sobre los Grand Funk Railroad en la revista NME, ¿verdad?

—Sí. A mi padre le encanta el rock de la vieja escuela, los conciertos multitudinarios en los estadios y todo eso. Aunque Mark Farner es muy buena gente.

Sonríe. No es una sonrisa vergonzosa ni engreída. Solo es una sonrisa. Doce puntos.

El señor Nicholas parece darse cuenta de golpe de que hay otras veintiocho personas a su alrededor, porque cierra la boca y se guarda el megacuelgue que siente por el padre de esta chica. Vuelve a apoyarse en la mesa.

—Vaya, vaya, lo que son las cosas. Chicos: Henry Carter tiene que ser uno de los mejores periodistas musicales de hoy en día. Ha entrevistado a todo el mundo, desde Lou Reed a Bowie.

Se oyen murmullos. La mayoría de gente que no tiene ni idea de quiénes está hablando, pero son vagamente conscientes de que se trata de personajes famosos y, por tanto, dignos de hablar de ellos en murmullos.

El señor Nicholas pone cara de exasperación.

—También entrevistó a Kenny Elfin para la revista Uncut.

Un coro de gritos ahogados y de murmullos histéricos recorre la habitación. Kenny Elfin fue finalista en la edición de Factor X del año pasado.

La chica nueva asiente con la cabeza, simplemente, y vuelve a dedicarle esa media sonrisa. Así que su puntuación final son quince mil millones de puntos. Una nueva soldado para el ejército de pedorros que forman el grupo de los Guays.

El señor Nicholas despierta de su trance. Señala una silla en la segunda fila junto a Jackie Nguyen. La chica nueva camina como si nada hacia la mesa. Veintiocho pares de ojos la observan, pero ella se mueve como si estuviera sola en la clase. Justin Zigoni por poco se cae de la silla al intentar mirarle las piernas.

El señor Nicholas nos da la espalda y se pone a escribir en la pizarra. Nadie le presta atención.

La chica se sienta. Se recoge la larga melena en una cola de caballo desmañada. Saca un cuaderno encuadernado en piel y unas gafas estilo Audrey Hepburn de su bolsa. Se pone las gafas.

Se aparta un poco de la mesa y cruza las piernas, apoyando el cuaderno en la rodilla. Detrás de ella, discretamente, dos chicas hacen lo mismo.

Victor Cho se atraganta con su propia saliva y se despierta con un resoplido.

A mi lado, Allison hace una mueca.

Mike se quita los lápices del labio. Me mira. Sé lo que está pensando. Al menos Justin y los Capullos van a estar muy ocupados en el futuro inmediato.

Levanto la mirada y las cejas hacia el techo. Él pone los ojos bizcos. Intento contener la risa. Vuelvo a mi Fortaleza de la Soledad.